

PQ7297

Z3

M4

V.3



20301 FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## CAPITULO I.

La maestra de escuela.

Mirando á la calle, y encima de la puerta de una casa descascarada y de miserable aspecto, se veía una tabla de tres cuartas de ancho, sobre cuyo fondo negro se leía en letras blancas, estas palabras:

“Instituto primario para niñas.”

El que mirase desde afuera, no veía otra cosa que un humilde cuarto de adobe que estaba á la entrada, con este letrero: “Casería,” y en el fondo, en línea recta, un inculto campo, con algunos árboles y verde enramada.

Nada, pues, podía dar á conocer que allí existiese una habitacion destinada á la ins-

002848

truceion de la niñez; y digo que nada, porque aunque habia una ventana baja con enrejado de madera que daba á la calle que podia creerse pertenecia al instituto, al acercarse á ella se veia que daba á un miserable cuarto mal envigado, húmedo, oscuro, y sin mas adorno que una cama con un petate por colchon, varias estampas de santos, pegadas en la pared que servia de cabecera, un candelero de barro con una flaca vela, colocado en una tablita embutida en uno de los ángulos de la pieza, una desmoronada hornilla en que se cocia un mezquino puchero, y, en un rincon, otro petate que permanecia enrollado.

Sin embargo, si penetraba y pasaba el arruinado portal que servia de entrada, encontraba á la derecha una hilera prolongada de cuartos bajos, sombreados por algunos fresnos y álamos blancos.

Enfrente de esta hilera de cuartos, se descubria el costado de una casa alta, con una ventana con rejas de fierro, que caia al campo que mediaba entre ella y los primeros.

Por en medio de esta especie de pequeña pradera, cruzaba un ligero arroyo, á cuyos lados se veian losas colocadas expresamente para lavar la ropa.

Ocupando el sitio mas despejado entre las viviendas y el arroyo, estaban colocadas á trechos, largas estacas sosteniendo, de una á otra, gruesos cordeles, sobre los cuales oscilaban, mecidas por el ligero viento, varias piezas de ropa que se secaban al sol.

Al entrar á este sitio, el ruido denunciaba la escuela.

Y con efecto, encima de la puerta de una de las viviendas, cuya entrada estaba adornada de macetas y de una vistosa enredadera que serpenteaba por el enverjado que en forma de pórtico se ostentaba, se veia un rótulo igual al que estaba puesto hácia la calle.

Pasando este campestre pórtico, se encontraba la pieza destinada á la escuela donde leian en alta voz, cosa de veinte niñas de pobre trage, que estaban sentadas en cuatro bancas, colocadas una detras de otra.

En esta pieza todo respiraba aseo. El en-  
vigado que formaba el pavimento, brillaba  
como un espejo, y las paredes estaban per-  
fectamente blanqueadas, ostentando una de  
ellas un mapa universal, y las otras, varias  
cartas geográficas de diversas provincias.

En uno de los extremos de este cuarto,  
y tomando lección de lectura á una niña an-  
gelical, cuya belleza contrastaba notable-  
mente con el humilde trage que envolvía  
sus celestiales formas, se veía una mujer  
de fisonomía dulce y apacible, respirando  
benevolencia y caridad, sentada junto á una  
mesa, sobre la cual se veían algunos libros,  
un compás, un lápiz, un tintero, y una pe-  
queña esfera terrestre.

Sus facciones eran de una perfección ex-  
trema y de una gracia y suavidad indeci-  
bles: sus negras y hermosas cejas se ar-  
queaban dulcemente, haciendo resaltar el  
blanco mate de una frente purísima y es-  
piritual que revelaba el talento y la modestia:  
su nariz era de una pureza griega, y  
su preciosa boca de una expresión y atrac-  
tivo indefinibles: sus grandes y apacibles

ojos azules de un mirar dulce y expresivo,  
se abrían brillantísimos bajo sus prolonga-  
das, finas y negras pestañas, que sombrea-  
ban con un leve tinte seductor sus delica-  
dos párpados: su poética cabeza velada por  
lindos cabellos castaños, de dorados refle-  
jos, recogidos en gracioso peinado, descan-  
saba airosa sobre una torneada garganta  
alabastrina, que se elevaba sobre unos hom-  
bros redondos y blancos como la nieve: la  
manga de su vestido, que estaba caída há-  
cia abajo por tener apoyada la cabeza en  
una de sus manos y el codo graciosamente  
descansando en la mesa, dejaba ver un bra-  
zo blanco, redondo y de una morbidez ex-  
trema: sus manos eran pequeñas y de un  
cútis suavísimo, y sus piés perfectos y di-  
minutos: su talle era de una elegancia in-  
comparable, y todo su conjunto la realiza-  
ción de una de esas bellezas ideales que la  
fecunda imaginación de los poetas nos des-  
cribe en rima celestial.

Para hermosura tan suprema, preciso hu-  
biera sido un trage riquísimo y vaporoso;  
pero el que vestía estaba muy distante de

aspirar á los honores de ser admirado por su tela.

Era un vestido negro de muselina corriente y de poco precio el que envolvía sus gallardas formas y velaba su flexible talle.

Sin embargo, lejos de perjudicar y eclipsar la humildad del ropaje su angelical belleza, parecia prestarle mas realce y atractivos.

La blancura de sus redondos brazos y de su nevada garganta, suave y tersa como la pluma del cisne, se destacaba de su traje negro, como la plateada luna aparece encima de la oscura nube que velara su disco.

No se podia ver á esta mujer sin sentirse arrastrado hácia ella por una simpatía tierna y agradable que conmovia dulcemente el corazon.

Habia en su semblante y su mirada un no sé qué de melancólico y espiritual, una mezcla de dolor y de resignacion, de sentimiento y de tranquilidad, que interesaba profundamente.

Nunca preceptora mas hermosa ni que

mas confianza inspirase á sus tiernas educandas, se habia presentado á dirigir las nacientes plantas de la sociedad, esas inocentes criaturas que, como las tiernas flores crecen y se desarrollan con el suave rocío de las máximas morales inculcadas con cariño y amabilidad, ó se marchitan y endurecen con el rigor excesivo ó la terrible severidad.

Dotada de un talento privilegiado y de un corazon compasivo, sabia que los consejos y las doctrinas deben darse con afabilidad, porque ésta engendra confianza y amor, al paso que la dureza enajena la simpatía, hace odioso al que nos enseña, y sus máximas, por sanas que sean, se reciben con disgusto.

Era una mujer con todas las cualidades que deben concurrir en una persona que abraza la delicada y honorífica mision de formar el corazon de la niñez: una mujer que sabia que á los niños se les debe tratar con el cuidado que requiere una alma tierna y débil que va á recibir las primeras impresiones. Si el preceptor es humano y le ex-

plica con cariño los saludables efectos que trae consigo la práctica de la virtud, el niño va bebiendo poco á poco y con gusto sus máximas, crece practicándolas, y acaba por fundar en ellas toda su felicidad. Pero si por desgracia el que tiene á cargo su educación es de genio adusto y le reprende con aspereza la mas ligera falta, sus palabras darán un resultado contrario al que se ha propuesto, y empezando el niño por temer á maestro tan severo, sigue por despreciar sus doctrinas, y acaba por morir para la virtud y por odiarle.

Sucedec con la niñez lo que con un enfermo en extremo débil.

Si le asiste un médico entendido que atendiendo á su resistencia física, le receta medicinas suaves, el paciente irá recobrando progresivamente su salud, hasta llegar á verse enteramente restablecido; pero si por desgracia tropieza con un empírico que le recete cosas en extremo fuertes y propias para una naturaleza mas robusta, las medicinas destruirán mas y mas la salud, y al fin acabarán con su vida.

Indispensable es, por lo mismo, que la persona que se constituye en mentor de la niñez, esté adornada de las bellas dotes que concurrían en la cariñosa mujer que nos ocupa. Dignidad, dulzura, benevolencia en el carácter, claridad, concision, propiedad en el estilo y cierto candor é ingenuidad naturales, son requisitos indispensables para grabar en los ánimos tiernos y sencillos de los niños las máximas de religion y de justicia. Es necesario anticiparse, por decirlo así, á sus pensamientos, y sorprender felizmente las impresiones que producen en ellos los objetos que les rodea. Entonces el arte y la doctrina caminan unidos á la naturaleza, y entonces la enseñanza produce sus mas copiosos resultados.

Hase creído que basta para constituirse en preceptor saber leer, escribir y contar, y tener algunos conocimientos de gramática. ¡Cuánto se engañan...! El profesorado es una mision sublime, que desempeñó el mismo Jesucristo.

Una moral intachable, una conducta irrepreensible, un corazon cariñoso y compa-

sivo, son los requisitos indispensables que han de concurrir en todo el que tiene á su cargo la enseñanza de la niñez, para que el niño, viendo la doctrina en perfecta consonancia y armonía con el ejemplo, beba con gusto las saludables máximas que personas tan benévolas les dictan.

El maestro ha de ser un verdadero amigo de sus tiernos discípulos.

Ha de asociar la correccion con la afabilidad, la justicia con la benevolencia, y el castigo con la templanza y la caridad.

Por esto, sin duda, se dá en muchas partes el nombre de *amiga* á la escuela de niñas, indicando de esta suerte, que la maestra no debe ser otra cosa que una carifiosa amiga de sus tiernas educandas.

Tan recomendables virtudes formaban el carácter esencialmente bondadoso de nuestra nueva preceptora.

Tenia sumo placer en satisfacer á las preguntas de las niñas y en deshacer sus dudas, ilustrando su entendimiento.

La niña que, como hemos dicho, estaba á su lado dando la leccion de lectura, y que

era una de las hermosas hijas de la desgraciada Elisa, se detuvo, al llegar á un pasaje del libro que leía, y preguntó con la candidez natural de su edad.

—Aquí dice que todos somos hermanos. ¿No tendra vd. la bondad de decirme cómo puede ser ésto, cuando unos hombres son negros, otros blancos, otros amarillos, otros mulatos y otros bronceados?

—Con mucho gusto voy, Julita, á satisfacer esa pregunta.

—Gracias, señora, por su bondad.

Y la niña esperó atentamente á que hablase.

—Dícese que todos somos hermanos—dijo la maestra en alta voz para que las demás educandas escucharan—porque la raza humana, toda entera, reconoce por origen un solo hombre y una sola mujer, y los 900 millones de habitantes que componen las tres razas principales, blanca, negra, y amarilla, que pueblan el haz de la tierra, á pesar de sus distintos hábitos, idiomas, relijiones, costumbres y fisonomías, forman una misma especie, un todo completo, úni-

co, homogéneo en procedencia y en naturaleza. El color del rostro, la configuración del cuerpo y otras mil diferencias que se notan entre los habitantes de distintas regiones, provienen de la influencia que ejerce el clima sobre la parte física de la criatura humana. Y es tan cierto lo que acabo de decir, que aun los mismos animales degeneran ó ganan en calidad ó corpulencia, según la región á que han sido trasportados.

En las frutas, en las plantas y en las flores se operan cambios altamente sorprendentes en sus propiedades, en su forma y hasta en su color.

Plantas hay en Europa venenosas, que dejan de serlo al trasplantarlas en la América, y animales inofensivos en los países templados, que son altamente ponzoñosos al pasar á las latitudes abrasadoras.

—Estoy sumamente satisfecha y agradecida por la explicación que se ha dignado vd. darme.

—Mi deber y mi mayor satisfacción es comunicar lo poco que sé á mis queridas educandas. Si á alguna le ocurre otra duda,

sentiré que no tenga la suficiente confianza para consultarme sobre ella.

—A mí me asalta una.

Dijo una de las niñas mas pobremente vestidas.

—¿Cuál, querida mia?

Contestó la maestra con una afabilidad encantadora.

—Vd. nos dijo el otro dia que el sol está fijo en un punto, y que la tierra es la que anda al rededor de él.

—Es cierto.

—Pues entonces, ¿cómo dice la lección que estoy leyendo, que Josué detuvo al sol?

—Porque en aquel tiempo se seguía el sistema de Tolomeo, el cual enseñaba que el sol giraba al rededor de la tierra, y Josué que, aunque fuese un buen servidor de Dios, no por eso estaba obligado á saber, con respecto á la rotación de los astros y de los planetas mas de lo que entonces se estudiaba, mandó al astro principal que se detuviese, creyendo que en efecto se movía. Y como el Señor lee la intención y la fe de las criaturas, y comprendió que el deseo

ardiente de aquel hombre era que se prolongase el día para exterminar á sus enemigos, satisfizo su deseo haciendo que la tierra que corre 480 leguas por minuto, suspendiese por unos momentos su curso.

—Ahora lo comprendo fácilmente.

Dijo la niña.

—Y no podia ser de otra manera;—continuó la maestra:—el sol es un millon, trescientas noventa y cinco mil, trescientas treinta y cuatro veces mayor que la tierra; y es mas natural y lógico que los cuerpos pequeños giren al rededor de los inmensamente mayores, que éstos al rededor de aquellos.

—¿Y está á gran distancia de nosotros?

—A tanta, que si se pudiera tirar un cañonazo desde aquel astro, tardaría en llegar la bala hasta la tierra seis años, pues todo ese tiempo es necesario para correr 27 y medio millones de leguas que nos separan del sol.

—¿Y lo mismo sucede con la luna?

—No: la luna, lejos de ser mayor que la tierra, es 49 veces menor, y solo hay hasta ella setenta mil leguas de distancia.

—Entonces las estrellas que son mas pequeñas deben estar mas cerca de nosotros.

—Todo lo contrario: cada una de esas estrellas es mayor que el sol, y si se presentan tan pequeñas á la simple vista, es por la inmensa distancia á que se encuentran: para calcular ésta, bastará decir que la luz, que tarda en andar 27 millones y medio de leguas que hay del sol á la tierra, solo ocho minutos trece segundos, necesita para bajar de la estrella mas próxima hasta nosotros, mas de tres años, habiendo estrellas que solo se ven con el microscopio, cuya luz tarda en llegar mil años, existiendo, otras aun mas lejanas, que pasarán millones de años para que su luz llegue á la tierra.

—¡Dios mio!—dijo asombrada Julita;—¡qué grande debe ser entonces la bóveda del cielo para contener tantas como vemos brillar de noche.

—Esa bóveda es inmensa, hijas mias, pues se calcula que la tachonan 75 millones de estrellas, que equivalen en magnitud á otros tantos mundos, de los cuales el

mas pequeño es un millon 395.334 veces mas grande que el que habitamos.

El toque de las doce vino á interrumpir aquel diálogo, y á poner á las niñas en movimiento.

Era la hora en que terminaba la clase.

Algunas educandas, despues de recoger sus libros y sus labores, empezaron á salir.

En aquel momento una mujer que habia permanecido por largo tiempo detras de la alta ventana enrejada de la casa, cuyo costado hemos dicho que daba hácia el campo, asomó el rostro entre las rejas como tratando de sacar la cabeza por ellas.

Parecia que tenia un notable afan porque se fijasen en ella las miradas de aquellas inocentes criaturas.

Pero habia una distancia considerable; la ventana era chica y se encontraba muy alta, y ademas las niñas estaban muy entretenidas para ocuparse de dirijir la vista hácia aquel punto.

En vano la mujer se afanaba por ser vista.

La afliccion al notar que nadie fijaba su atencion en ella, era indecible.

Varias veces se propuso llamarlas; pero otras tantas volvió la cabeza al interior de cuarto sin despegar los labios, temiendo que alguno de la casa la oyese.

Quería y no se atrevía á llamar.

Procuraba llamar la atencion permaneciendo en la ventana, y nadie alzaba los ojos á verla.

Esto parecia afligirla sobremanera.

Las niñas se fueron alejando una despues de otra, sin que alzaran siquiera los ojos hácia la ventana.

Solo quedaban por salir las lindas hijas de la desventurada Elisa y otras dos educandas.

La mujer permaneció detras de la reja, inquieta y afligida.

Cada una de las últimas niñas que salian era el objeto cuya atencion procuraba llamar con sus movimientos.

Pero todo era en vano. Las últimas, lo mismo que las primeras, no dirijian la vista á la ventana, y cada vez que la afligida mujer veía desaparecer una de aquellas alegres criaturas, que se alejaban saltando y